

reparar cuanto desacreditaba vuestra real autoridad. Los reyes, señor, deben reinar más en los más cercanos de los cuales la veneración se comunica á los distantes: acreditando con sus acciones la lealtad de los ministros que les asisten. Dije vuestra alteza este encerramiento desempeñando al infante del empeño en que se ha puesto de satisfacer á los mal intencionados, de que solo pretende su servicio, y librarle de malos consejeros: Váyase á Toledo, que desea ver su real persona, y desde allí ordene lo que gusta, averiguando en la ejecución de sus órdenes quién es más leal vasallo.

El rey, con severidad respondió:

Que el infante alzase al punto la gente que sobre el castillo tenía, ó esperase la pena de rebelde á su rey. Que en cuanto á ir á Toledo o á otra parte, iría adonde quisiese de sus reinos.

Con estas palabras, el rey se despidió del obispo de Segovia, que fue de inmediato a comunicar dichas palabras al infante don Enrique, el cual le dijo al obispo que por nada del mundo se marcharía de allí sin conseguir su propósito. Así, el miércoles 4 de diciembre, el infante intentó otro camino que fue una conferencia del condestable Ruy López Dávalos, del adelantado Pero Manrique y Garcí Fernández con don Álvaro de Luna, que aceptó. El joven monarca le dijo que saliese a hablar acompañado por el conde don Fadrique y de Benavente, pero don Álvaro, pensó que mejor sería hacerlo con su cuñado Pedro de Portocarrero y otro caballero, Rui Sánchez Moscoso, a lo que el rey le pareció bien. De esta manera, los 3 caballeros se asomaron por la recia barbacana del castillo. Al verlos aparecer el condestable, se separó de los otros dos caballeros que venían con él, y don Álvaro hizo lo mismo. El condestable le dijo a don Álvaro que por su culpa, convenció al rey para que escapase de Talavera y se fuera a refugiarse a este castillo, en contra de la voluntad de don Enrique que le había permitido estar con el rey a solas, que le habían consentido tantos favores y consideraciones y que se las harían mayores si influía en el rey los favores que el infante quería. Don Álvaro tras un momento de meditación, contestó que daba las gracias por los favores y consideraciones que había pedido a don Enrique, y que se ofrecía a todo lo que el infante le pidiese, pero en cuanto a la huida del rey, que supieran que fue voluntad propia del monarca y que él no había hecho nada más que acompañarle y servirle, como era su obligación, y confesó que desde la salida de Tordesillas, el rey siempre había estado violento con ellos. Lo mismo les dijo al adelantado y a Garcí Fernández, de manera que tras un instante de silencio, se volvieron los unos al sitio y los otros al castillo. Cuando ya se marchaban, el condestable Dávalos, se volvió a don

Álvaro y le pidió que le consiguiera una audiencia con el rey, a lo que el de Luna, respondió que no le convenía y que lo que debían de hacer era lo que el joven monarca les mandaba, el cuál no estaba en Montalbán para hacer mal a nadie partidario del infante don Enrique ni para entregarse al partido del infante don Juan; que su intención era arreglar aquellos sucesos sin que unos ni otros interviniesen y que una vez solucionado, los llamaría a todos para dar la orden que conviniera para el bien general de su reino.

Cuando el condestable hizo saber a don Enrique la inútil intervención de estos caballeros, el infante envió llamar a los procuradores a Talavera para que fuesen al castillo e intentaran persuadir al rey. Éstos llegaron el jueves 5 de diciembre y una vez allí entraron en el castillo, hicieron reverencia al rey y cuando se reunieron con él, éste se quejó rotundamente de todo lo que con él y con los miembros de su corte se había hecho desde que fueron sorprendidos en su palacio de Tordesillas. Los rogó que tuvieran conciencia de esos malvados actos y los despidió diciéndoles que recordasen al infante la orden que le tenía dada de marcharse, porque permaneciendo allí estaba perdiendo el tiempo y no iba a conseguir ningún objetivo.

Así lo hicieron, y al volver al sitio comunicaron las palabras que el rey dijo tanto al infante como a los caballeros que con él estaban y también la orden de que se fueran de allí, ya que el infante don Juan, don Pedro su hermano y Pedro de Estúñiga entre otros nobles y grandes del reino, habían sido avisados y a gran velocidad venían desde Olmedo (Valladolid) hacia al castillo con sus poderosos ejércitos.

El decepcionado don Enrique y sus caballeros, tras mucho meditar y recapacitar sobre esta noticia, el viernes 6 de diciembre, ocho días después de la llegada del rey a Montalbán, decidieron dar por finalizado aquel injusto e inútil asedio ya que no tenían ninguna posibilidad de victoria en caso de enfrentamiento armado contra los 800 hombres del infante don Juan y los nobles que estaban cada vez más cerca de aquel alejado y solitario lugar. Así pues, dieron la orden para que en el castillo entrasen las deseadas y benditas provisiones y también se abrió la puerta de la fortaleza de Montalbán para que entrase quien quisiera, ya que en todos los pueblos cercanos al castillo se conocía el escándalo que allí estaba ocurriendo.

Una vez concienciado don Enrique, antes de partir, pidió permiso para entrar al castillo a hacer reverencia y besar las manos del rey a lo que éste mandó decir que no le quería ver y que se fuera a Ocaña donde le ordenaría lo que conviniese. Así, la fría mañana del sábado 7 de diciembre, don Enrique partió para su destino, y mirando sagaz y desafiantemente al rey que estaba en lo alto de las murallas del castillo entre las almenas, le hizo reverencia, y sin más se volvió y se alejó para siempre del castillo de Montalbán camino de Toledo para ir a Ocaña.

Mientras, los procuradores mandados por el rey se marcharon a Pulgar, aldea que se encuentra a 4 leguas del castillo, para que permaneciesen allí en caso de que fueran llamados por si se necesitara de su consejo.

En cuanto a la reina María, que se encontraba en la Puebla de Montalbán, se la dio orden, por parte de su marido, de que se fuera a Santa Olalla junto a Luis de Guzmán, maestre de Calatrava, pero la joven reina se niega y prefiere irse a Toledo al monasterio de Santo Domingo el Real, para permanecer allí unos 15 ó 20 días a lo que el rey le da permiso para que se fuera a la capital.

Cuando todo esto acontecía, el infante don Juan acompañado por su hermano el infante don Pedro, don Pedro de Estúñiga y Diego Gómez de Sandoval, entre otros nobles caballeros junto a 800 hombres de armas que habían partido de Olmedo el jueves 5 de diciembre, llegaron a Móstoles en unos 4 días. Estando en la villa madrileña, justo antes de partir para Montalbán, recibió una carta del rey, diciéndole que el infante y sus partidarios habían levantado el sitio, y que se esperase en la villa o aldea dónde recibiera la carta, porque enseguida le mandaría nuevas órdenes sobre lo que debería de hacer. Al estar ya de camino acordaron detenerse en Fuensalida, por haber buena agua. Desde allí se mandó a Diego Gómez de Sandoval mayordomo mayor de monarca, que fuera a ver al rey y le diera permiso para que tanto el infante don Juan como su hermano don Pedro fueran a verle y hacerle reverencia. Así lo hizo, y a las pocas horas se presentó en el castillo, y al entrar le besó las manos al rey y le hizo reverencia, el cuál se alegró mucho de verle. Una vez explicado su cometido al haber ido allí, el rey le respondió que agradecía mucho a su primo, el infante don Juan, el que se hubiera puesto en camino para defenderle, y que pronto ordenaría su salida de aquel inexpugnable castillo haciéndoselo saber y que mientras tanto permaneciera en Fuensalida, pero su primo insistió en ir y su cometido fue puesto en consejo. Don Álvaro y algún que otro noble, bajo el pretexto de que no era conveniente de que los dos infantes vinieran ante la presencia del rey hasta que los asuntos con don Enrique estuvieran resueltos, se negaron a que vinieran pero la verdad era que no querían ver en la corte a los que podrían sobrepujarles en lujo y en poder. Los demás consejeros, sin embargo, decían que no era justo ni honesto negar la entrada de sus dos primos, ya que nunca habían estado fuera del servicio del monarca y aún permanecían en él y sobre todo, venían allí al ruego del sitiado rey para librarle del asedio en que se encontraba. Este dictamen fue el que se impuso, y se le ordenó decir que el joven rey estaba muy contento de que vinieran cuando saliera del castillo. Mientras tanto, por la puerta principal del castillo, entró el arzobispo de Sevilla y fue muy bien recibido por Álvaro de Luna, ya que les unía una gran y sólida amistad.